ALBERTA GIMÉNEZ

**Adoración. 21 diciembre 2018**

Ambientación, cuadro de la Madre anciana, “belén” o algún otro símbolo navideño.

Canto de inicio:

Breve pausa.

**Introducción:** (Lectura meditativa).

21 de diciembre de 1922, hace 96 años.

“*Los sabios brillarán como el fulgor del firmamento, y, los que enseñaron a muchos la justicia, como estrellas por toda la eternidad*”.

Breve antífona: “*No quiero nada más que cumplir la voluntad de Dios en todo y siempre*”.

En presencia de Jesús Eucaristía que nos contempla y no cesa de actuar en nosotros, nos reunimos todos como Familia Pureza de María, para adorar y bendecir, para agradecer, suplicar y celebrar, para alegrarnos juntos.

Jesús, en estos días, particularmente intensos en la liturgia, y hoy especialmente que celebramos el 96 aniversario del “paso” de la Madre, su nacer para el cielo, sentimos que hay tres palabras que tú, Jesús, deseas hacer resonar en nuestro corazón. Tres palabras que suenan a ternura, gozo, amistad, ENCUENTRO. Estas tres palabras tuyas, que tú nos dedicas hoy, son: Navidad, Alberta, Eucaristía.

Ante ti, Señor, deseamos acogerlas, comprenderlas y llegar a asimilarlas en nuestro vivir cotidiano. Deseamos escucharte y responder a tu Palabra, Jesús. Envíanos tu Espíritu Santo que disponga nuestro corazón.

(Breve pausa, se puede cantar alguna estrofa de escucha y adoración).

**1.** “*Cuando un sosegado silencio todo lo envolvía y la noche se encontraba en mitad de su carrera, tu Palabra saltó del cielo* (…) *El pueblo que andaba a oscuras vio una luz grande. Los que vivían en tierra de sombras, una luz brilló sobre ellos (*…) *Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado*…” (Antífona: En medio del silencio…)

**Navidad.** Bendito seas Padre, rico en misericordia, porque estando nosotros perdidos y muertos por el pecado nos traes la salvación, por el gran amor que nos tienes. Todo es gracia, Don gratuito. Un niño, lo más frágil y vulnerable, lo más pequeño e indefenso. La Salvación.

Dejémonos asombrar, pidamos la gracia del asombro, del descubrimiento, hasta caer en la cuenta de nuestros caminos equivocados. La salvación del mal, de la violencia que nos rodea, de la oscuridad y la duda que roe nuestro corazón, de nuestros temores ante el futuro… la salvación es el silencio que adora y el amor, el dejarse hacer, el aceptarse pequeño y acoger a los pequeños. La Salvación es la humildad. “*Aprended de mí*” … nos dice Jesús.

Junto a Jesús, contemplamos nuestro mundo, la humanidad nos parece, en ocasiones, un caos de confusión, de angustia, y nos preguntamos si habrá una salida. Sí, la hay, basta abrir el corazón a ese Jesús, a la humildad y a la esperanza. Los cristianos no podemos vacilar, la esperanza es una virtud teologal, viene de Dios, del Padre inmenso y de su amor desbordante. Y ese amor no falla.

ES NAVIDAD, pero el pueblo anda aún en tinieblas, nuestra vocación nos llama a vivir la esperanza en la salvación de Jesús. ¿Sabremos ser testigos? ¿Nos decidiremos a testimoniar del amor que salva siempre, que salva hoy en lo pequeño, en el amor humilde?

*HOY* es Navidad, *hoy* nos está naciendo un Niño, *hoy* se nos está regalando la posibilidad de salir del caos, desde nuestro propio corazón. “*Sí, Yo vengo pronto*…” Es la escatología ya realizada.

Señor Jesús… envíanos tu Espíritu que reavive sin cesar nuestra esperanza…

**2.** (Canto albertiano)

 *Soy un troco carcomido,*

 *torcido, nudoso, seco,*

 *al que cercan frescas plantas*

 *con su aroma mereciendo*

 *no se arranque el viejo tronco*

 *que las viene sosteniendo,*

 *prestando su pobre arrimo*

 *a los tallos, que están tiernos…*

Así escribía la Madre al ermitaño Elías de Valldemossa. Pasarían aún algunos años antes de aquella Navidad definitiva de 1922. Contemplémosla detenidamente, amorosamente, con el cariño que sólo una madre anciana puede inspirar.

**Alberta** sonríe sentada en su sillón, testigo silencioso. “*Mala enfermedad es la vejez*…”, había repetido con frecuencia. Ahora, todo es ya sosiego y abandono. Es un tronco carcomido, que desborda sabiduría y paz. La Madre “sabe”, con esa sabiduría que es silencio, escucha y humildad. Sabe que: “*nada puede turbar la paz del alma*…”, que del *verdadero amor mutuo*… depende todo en casa…” sabe que, “*el mundo sin niños sería* tan triste… *como un jardín sin flores*…”. Alberta sabe, sobre todo, que Alguien viene, agudiza el oído y escucha, se oyen cantos de navidad. Sí, es Navidad, la Madre anciana reconoce la voz que llama a su corazón, “*su amoroso Padre la está esperando con los brazos abiertos para recibirla en ellos*…” La esperanza de toda su vida, “*nací para el cielo*”, se ve colmada.

En presencia de Jesús, contemplamos esa figura amada en aquel 21 de diciembre. Contemplamos hoy, con veneración, el camino que ha recorrido, su entrega, su serenidad ante esta navidad definitiva. Su vida no ha sido más que preparar día a día el Encuentro.

Alberta nos deja su espíritu, el don de Dios recibido y que, a través de tantas generaciones, nos sigue transmitiendo: “*Trabajad con fe y entusiasmo, como quien lo hace por Dios…* “

Somos su familia de la Pureza, no podemos preparar nuestra Navidad sin tenerla presente, sin hacerle sitio en Casa, aprendiendo de ella un poco más cada día a hacer familia, a seguir a Jesús, a gastarnos día a día por “*esas niñas*”, por nuestros hijos, especialmente por los más pequeños y débiles.

**Alberta.** Una palabra que Jesús nos repite con insistencia, porque ella es el modelo vivo, el **nuestro**.

Señor Jesús… gracias por la Madre y su carisma en la Iglesia.

**3.** **Eucaristía.** Adoremos el Misterio, abrámonos al don de la fe.

Canto final